

Hans Christian Andersen

La Reina de las Nieves y otros cuentos

Introducción, selección y traducción
de Alberto Adell



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Sneedronningen*

Primera edición: 1989

Tercera edición: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción y traducción: Herederos de Alberto Martínez Adell, 2002

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-210-3

Depósito legal: M. 640-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- La Reina de las Nieves y otros cuentos
- 21 La Reina de las Nieves
- 61 Claus el Chico y Claus el Grande
- 76 Pulgarcita
- 90 El compañero de viaje
- 114 La sirenita
- 142 Los chanclos de la Felicidad
- 180 Una rosa de la tumba de Homero
- 183 El viejo farol
- 192 La familia feliz
- 197 El cuello postizo
- 201 Historia del año
- 213 El duende en casa del tendero
- 219 Dentro de mil años
- 222 El viento cuenta la historia de Valdemar Daae y sus hijas
- 236 La niña que pisó el pan
- 247 Doce con la posta
- 253 El escarabajo pelotero
- 263 Lo que hace Padre siempre está bien
- 270 El hombre de nieve

- 277 La moneda de plata
283 El huracán muda las muestras
289 Lo que puede inventarse
294 La gran serpiente de mar
307 El jardinero y los señores
316 La pulga y el profesor
322 Tía Dolor de muelas

Introducción

En un anterior volumen de selección de cuentos y narraciones de Hans Christian Andersen, que lleva por título *La sombra y otros cuentos*¹, se intentó presentar algunas de las muchas caras que ofrece su colección de relatos completos. No fue posible entonces, claro está, incluir todo lo que merecía ser incluido; quedaron fuera muchos de los relatos más populares y queridos –es decir, queridos por generaciones y generaciones de lectores–. Ahora se pretende suplir aquella falta; pero, como entonces, hemos intentado unir los cuentos más conocidos (casi todos de su primera época) con los menos, la obra de sus últimos años.

Conviene insistir en lo difícil que es hacer una selección representativa –¿representativa de qué?– del abigarrado baúl de maravillas de H. C. Andersen. Ya se dijo en aquella ocasión, pero algo tan esencial y distintivo

1. Alianza Editorial, Madrid, 2018. [N. del E.]

merece repetirse. Lo que caracteriza la obra de H. C. Andersen es la personalidad del autor. Hay quienes, distraídos o ignorantes, confunden las narraciones de Andersen con las de otros contemporáneos, los hermanos Grimm, por ejemplo. «La sirenita», ¿es de Andersen o de Grimm? «Blancanieves», ¿es de Grimm o de Andersen? La confusión no es posible, por poco que se haya leído de uno y de otros. Los Grimm fueron unos serios eruditos, fieles al espíritu de su época, al *Zeitgeist* del romanticismo, que se esfuerzan por conservar los mitos del folclore germánico. El caso de Andersen es muy diferente. Bebe en todas las fuentes, propias y ajenas, sin olvidar a sus vecinos más próximos, los románticos alemanes, pero todo es trigo para el molino de su imaginación, caprichosa y descaradamente libre. Es esta libertad el aire que respiramos al entrar en el mundo de H. C. Andersen. Todo es posible en él, la risa, las lágrimas, la exageración, hasta lo ridículo, lo cursi. Hay mucho en Andersen ante lo que nuestra hipocresía (pues toda época tiene la suya) se encabrita: las lágrimas, el sentimentalismo, la crueldad, la piedad incluso, las que hoy se llamarían alusiones sexuales (¿qué son esos besos en «labios calientes», esos besos entre compañeros de viaje? –la supuesta conciencia liberada de nuestros días enarca las cejas–). El hombre de hoy, que encuentra su libertad subrepticia y vergonzosamente recortada, se escapa al único país en que la libertad se le asegura –el de la imaginación–. Y en él H. C. Andersen la ofrece a manos llenas.

Esto puede ser mal interpretado como una invitación a la fuga, a escaparse de la realidad ingresando en la fantasía. No; en la frase «libertad de la imaginación» hay

que poner el acento más en el primer término que en el segundo, más en «libertad» que en «imaginación». No se trata de ofrecer refugios en palacios de maravillas, en princesas voluntariosas o crueles, o príncipes metamorfoseados en cisnes. La imaginación en Andersen, por poderosa que sea, queda al servicio de la libertad. Para empezar, nunca deja de tener el pie en la realidad más prosaica, como buen sensato danés. El mundo de Andersen puede ser, a veces, «artístico», intencionadamente poético, pero entonces no es el mejor Andersen –el Andersen genuino, el nuestro, es el que edifica sus palacios narrativos con los elementos más humildes, las tenazas del carbón, el cuello postizo, la plancha, las velas de sebo, el arenque en salmuera, el escarabajo pelotero.

–¿De dónde sacamos el cuento?

–Del barril de los papeles viejos –contesta el narrador.

Andersen «saca el cuento», construye su narración con los elementos de desecho, las cosas más despreciadas, más humildes, lo que nadie se cuida de mirar: no ya un arenque, sino una cabeza de arenque, un trozo de madera podrida, un gusano de luz, una porquería cualquiera tirada en medio de la calle. Éstos son, exactamente, los pretendientes al puesto de «El viejo farol». Y no sólo Andersen los ve, los incorpora amorosamente a su narración, sino que les da vida y personalidad. Pocos narradores, antes o después de Andersen, han dado iguales muestras de amor hacia lo humilde.

En «Tía Dolor de muelas», el cuento que cierra esta selección, y que es también el último de Andersen, se menciona a Dickens. Las relaciones entre Charles Dickens y H. C. Andersen no fueron muy felices, o acabaron no

siéndolo. Andersen fue huésped en su casa de Gad's Hill; Dickens quedó harto de Andersen, al que consideró un pelmazo; si en la Inglaterra victoriana hubiera existido la vieja costumbre española de poner la escoba detrás de la puerta para espantar al huésped molesto, de seguro que Dickens la hubiera puesto. Pero esto es anecdótico. Entre Andersen y Dickens se han señalado coincidencias, biográficas y artísticas; entre ellas, un rasgo común, que probablemente ninguno de ellos observó. Compartían el don de dar voz y personalidad, el don supremo del creador literario, a los personajes mínimos, insignificantes –de personalidad más marcada, casi siempre, que los héroes–. La cabeza de arenque tiene personalidad propia, está viva; el pececillo anónimo de «La gran serpiente de mar» habla con voz propia; la plancha orgullosa de «El cuello postizo» es alguien identificable; las tijeretas maternales y pesadas de «El escarabajo pelotero» poseen una fuerte, plástica identidad.

Libertad de Hans Christian Andersen en invención, en tema, en forma, en género. El narrador da un ejemplo constante de libertad al llevar cuanto encuentra al caudal de su ficción: la tradición popular, la parábola, el apunte poético, el recuerdo autobiográfico, la sátira contemporánea, la alusión actual, la poesía del álbum, la moraleja, ética o estética, la ironía, la broma, el despropósito, la imagen onírica, todo revuelto, todo fundido por la magia inexplicable del narrador.

Es frecuente preguntarse acerca del público, o lector, potencial de Andersen: cuentos para niños, sí, pero también propios para adultos. Esta afirmación tiene cierto aire sospechoso, como esos anuncios que animan a com-

prar un juguete con el incentivo de que puede ser disfrutado también por los padres. Es cierto que en la mayor parte de los cuentos de Andersen hay dos niveles, o fondos. Detrás de la pura peripecia, hay una intención o una estructura última, moral o estética. No sería exagerado considerar a Andersen, junto a la Biblia, Dante o Shakespeare, como una fuente de consolación, de consejo y apoyo en la vida, y así lo ha sido, en casos como el de Karen Blixen.

Es lo que ocurre en «La Reina de las Nieves», el cuento que abre esta selección. Por detrás de los episodios fantásticos o divertidos, corre el grave asunto de la contienda entre razón y emoción, ciencia y experiencia. El tema es tan evidente que no hace falta insistir —la Reina de las Nieves y sus desiertos, helados palacios del intelecto se oponen al amor, la cordialidad, la realidad humilde, imperfecta, si se quiere, de la vida—. Es el dilema entre lo perfecto, pero muerto, y lo imperfecto, pero vivo.

Estas oposiciones, estas divisiones entre luz y sombra, éticas unas veces, otras estéticas, se repiten con suma frecuencia en el mundo de Andersen y le prestan una fuerza secreta, un íntimo resplandor y emoción. Hasta en «La sirenita», el más celebrado de sus cuentos. Se trata de un *tour de force* de Andersen, en el que se esfuerza por lograr la imagen artística, el estilo poético.

Pero tras de ello existe la sutil oposición entre los dos personajes, la sublime sirena y el hermoso príncipe. Éste es, sin duda, hermoso, virtuoso y bien intencionado, pero también obtuso. El príncipe no es capaz de ver más allá de sus narices. Es incapaz de percibir, de sentir la su-

blinidad mística de la sirena. Viene a ser el prototipo del ser hermoso, pero vulgar, incapaz de descubrir la naturaleza mágica y el amor, el anhelo de la pequeña muda, que para él es sólo una bailarina.

La contradicción entre valores, el dilema entre lo espiritual y lo material, resuelto en la vida, ay, por la elección de esto último, pero disimulado con pretexto y subterfugios, informa «El duende en casa del tendero», mientras la lección estética es clara en «Lo que puede inventarse»: las posibilidades de la imaginación, aplicada a la realidad, son ilimitadas, la inspiración reside en el autor. La oposición entre creador y mediocridad social está magistralmente descrita en «El jardinero y los señores». Aquí Andersen opone, con gran sutileza, al jardinero frente a sus amos. Mientras el primero, imaginativo, consciente de su valor, preocupado con su obra, por mejorarla y perfeccionarla, tiene nombre propio, es Larsen, una individualidad, los «señores» aparecen envueltos en cierta vaguedad anónima; el termino original, *Herskabet*, es un colectivo; algo así como el «señorío», los de arriba. En el cuento encarnan a la perfección la figura del esnob; sólo admiran lo que creen que debe ser admirado, lo que dicen los demás; en el fondo les fastidia tener a un creador a su servicio; secretamente desearían que fracasase, que se demostrara que es tan mediocre como ellos.

«Tía Dolores de muelas» es el último cuento de Andersen, el que cierra la colección. En él puede observarse la soltura de trazo, la facilidad con que la maestría del autor vuelve interesante una pura anécdota; hay en él la irracionalidad de un mal sueño, la lógica disparatada del dolor intenso que nos despierta a medianoche –la irrazo-

nable conexión entre el ejercicio de la poesía y la enfermedad—. Contiene una frase de estupenda, sensata verdad, que muchos podrían meditar: «Algo hay en mí de poeta, pero no lo bastante». Los párrafos que cierran el cuento, especie de colofón de su obra, son de un escalofriante realismo: se dice que el estudiante, autor de la narración que acabamos de leer, ha muerto; ha muerto su tía, el cervecero, todo su mundo. Y el propio Andersen moriría pocos años después.

«Claus el Chico y Claus el Grande» pertenece, al contrario, a su primera colección, y es uno de los primeros ejemplos, por lo tanto, de otra veta en el riquísimo muestrario temático de Andersen: el cuento popularista, campesino, entre labradores; tiene cierta desmaña, una sobriedad de líneas que recuerda la ingenuidad, y la crueldad, de un viejo grabado popular en madera. El héroe es «el tonto feliz», el simple, que por supuesto no tiene pelo de tonto, sino que consigue vencer a sus adversarios mediante una mezcla de astucia y de fortuna —un poder superior, aquí invisible, le protege—. Otra versión, más suave, se da en el también famoso «Lo que hace Padre siempre está bien». La versión sentimentalizada es el Juan de «El compañero de viaje».

Otra característica típica de Andersen es la visión satírica, irónica, del satisfecho, del nacionalista a ultranza, el que mantiene que la lluvia (o el sol) de su país es lo mejor del mundo, como las ranas satisfechas de «El escarabajo pelotero», o que, como los caracoles de «La familia feliz», creen que no hay más mundo que el de su matorral. La mediocridad, el erigir en norma universal lo que no es más que una circunstancia personal, la ignorancia en

suma, fue siempre una de las dianas favoritas de Andersen –véase el topo, ciego, como es natural, «con su precioso abrigo de terciopelo negro», pontificando en «Pulgarcita»–.

Pero no sólo ignoramos la realidad del mundo exterior, sino que nos engañamos igualmente, y con efectos aún más desastrosos, en cuanto al mundo interior, el de nuestros más íntimos anhelos y deseos. Ése es el tema de «Los chanclos de la Felicidad», uno de los relatos más periodísticos, más libres, más afortunados de Andersen, donde entra todo: esbozos de la actualidad, sátira, versos venidos de no se sabe dónde, fantasía, realismo. Qué lejos del precioso cromo de «La sirenita». Se anuncia la etapa última de Andersen, la menos popular, menos famosa, quizá, pero también la más sorprendente: el tratamiento fantástico de la realidad inmediata. Todo el mundo habla de «La sirenita», pero ¿quién recuerda «La pulga y el profesor», breve, graciosa y picante como un grano de pimienta?

Un Andersen que nos hable del mundo de los tour operadores, del turismo de masas y de las comunicaciones puede parecer un contrasentido. Pero esto es lo que precisamente hace. Andersen está atento, nos lo ha dicho más de una vez, a la realidad, a lo que está pasando. Y con el mismo interés con que nos repite lo que ha leído en tratados de biología marina sobre las holoturias o cohombros de mar, que se devoran a sí mismas, observa el curso de la maravilla, del genio del siglo, de su siglo, el XIX, el progreso, los Grandes Inventos. «Dentro de mil años» es la visión, ciertamente profética, del panorama turístico del futuro; lo único que equivocó fue el cálculo;

no fueron mil, sino cien años. Aun así, es sorprendente observar que previó incluso algo que será una realidad futura: el túnel entre Gran Bretaña y el Continente. En «La gran serpiente de mar» entona el himno del progreso, las únicas páginas líricas, con un eco de Victor Hugo, que se hayan dedicado al cable telegráfico submarino.

Con esto se entra en la última etapa de su obra, o carrera, narrativa. No hay en ella Sirenitas ni Gerdas que puedan atraer el sentimentalismo del lector. Pero este Andersen de su última época ofrece, quizá, mayor atractivo para el futuro que el romántico, pictórico, de su etapa anterior.

Por supuesto, la nota esteticista, próxima al poema en prosa, se sigue dando en «Una rosa de la tumba de Homero», con su lección ético/estética: el orgullo de la flor le conduce a la esterilidad, al aburrimiento, a la muerte –desprecia el amor del ruiseñor y se ve condenada a la sequedad de la erudición–. «El viento cuenta la historia de Valdemar Daae y sus hijas» corresponde también a este registro de esteticismo; contado como una balada, con el refrán del viento ululante, la historia de Valdemar Daae tiene puntos de contacto con *La recherche de l'absolu*, de Balzac.

«Historia del año» pertenece también a la veta poemática. Existe una larga tradición, tanto pictórica, plástica, como musical y poética, de este tipo de simbología de las estaciones. Se trata de *set pieces*, de viñetas de la naturaleza en sus momentos óptimos de las cuatro estaciones como *The Seasons*, de Thompson, o *Las cuatro estaciones* de Haydn, con una larga tradición, que viene de los Libros de Horas medievales y más atrás, desde las repre-

sentaciones plásticas del arte helenístico. Otra versión, más satírica que poética, se encuentra en «Doce con la posta», que presenta los meses del año en forma humana.

He de agradecer a los señores Erik Dal y Mels Oxen-
vad sus sugerencias en la materia de las notas, y muy es-
pecialmente a la señorita Hanne-Lisbeth Rasmussen, del
Ministerio de Cultura y Comunicaciones danés, por el
entusiasmo y eficacia de su ayuda.

Alberto Adell

Copenhague, diciembre 1987

La Reina de las Nieves
y otros cuentos

La Reina de las Nieves*

(Cuento en siete historias)

Primera historia.

Que trata del espejo y sus pedazos

¡Venga, vamos a empezar! Cuando hayamos dado fin a la historia sabremos más de lo que sabemos ahora, porque era un duende malo, era uno de los peores, era el Diablo. Un día estaba de buenísimo humor, porque había fabricado un espejo que tenía la propiedad de que cuanto bueno y hermoso se reflejaba en él se desvanecía hasta quedar reducido a casi nada, mientras que cuanto era inútil y feo, lo aumentaba y volvía peor. Los paisajes más amenos aparecían como espinaca cocida, y los individuos más honestos resultaban repulsivos, o se mantenían sobre la cabeza sin estómago, los rostros resultaban tan desfigurados, que nadie podía reconocerlos, y si se te-

* *Sneedronningen.*

nía una peca, de seguro que aparecía como cubriéndole la nariz y la boca. Era divertidísimo, dijo el Diablo. Cualquier buen pensamiento quedaba reflejado en el espejo como una mueca, con lo que el duende se partía de risa con su artístico invento. Todos los que asistían a la escuela de los duendes, porque él tenía una escuela para duendes, fueron diciendo que había ocurrido un milagro; por fin podía verse, decían, la verdadera apariencia del mundo y de los hombres. Corrieron por todas partes con el espejo y al final no quedó un país ni un hombre que no hubiese sido desfigurado por él. Entonces se les ocurrió volar hasta el cielo, para burlarse de los ángeles y de Nuestro Señor. Bueno, cuanto más alto volaban con el espejo, más violentas eran las muecas que hacía, hasta el punto de que casi no podían sostenerlo; volaron cada vez más alto, más cerca de Dios y de los ángeles; entonces el espejo se estremeció con tanta fuerza en su risa, que se les escapó de las manos y fue a estrellarse contra la tierra, donde se hizo cientos de millones, billones y aún más pedazos, lo que fue aún peor que antes; porque algunos no llegaban a ser como un grano de arena y éstos se esparcieron por el ancho mundo, y cuando les entraban a las gentes en los ojos, allí quedaban, y entonces lo veían todo torcido, o sólo veían lo malo de las cosas, porque cada partícula conservaba algo del poder que había tenido el espejo; a algunos les entró una pequeña esquirra en el corazón, lo que fue horroroso, porque el corazón se les convirtió en un bloque de hielo. Algunos trozos del espejo eran tan grandes que sirvieron de cristales de ventana, pero más valía no mirar a nuestros amigos a través de ellos; otros trozos fueron usados como anteojos,

lo que fue un desastre cuando la gente se los ponía para ver bien las cosas y obrar con justicia; el duende malo reventaba de risa, de tal forma le divertía. Pero aún volaban diminutos trozos de cristal por el aire. ¡Vais a ver!

Segunda historia.

Un niño y una niña

En la gran ciudad, donde hay tantas casas y tantas gentes que no queda espacio para que todos tengan un pequeño jardín, y donde por lo tanto la mayor parte ha de contentarse con tener flores en tiestos, había sin embargo dos niños pobres que tenían un jardín algo mayor que un tiesto. No eran hermanos, pero se querían igual que si lo fuesen. Sus padres vivían enfrente unos de otros; en dos guardiallas; allí donde el tejado de una casa vecina se enfrentaba al de la otra y el canalón corría paralelo a los aleros, había una ventanita en cada casa; sólo bastaba ponerse a horcadas sobre el canalón para pasar de una ventana a la otra.

Sus padres tenían fuera una gran caja de madera y en ella crecían hierbas para uso de la cocina, y un pequeño rosal; había uno en cada caja; creían que era una bendición. Los padres acertaron a colocar las cajas a través del canalón, que casi se tocaban de ventana a ventana y parecían como una rosaleda de verdad. Los guisantes de olor colgaban de las jardineras y los rosales producían largas ramas, trepaban por las ventanas, se apoyaban uno en otro; era casi como un arco triunfal de verde y flores. Como las jardineras crecieron mucho y los niños sabían que no debían trepar por ellas, obtuvieron permi-

so para reunirse, sentarse en sus pequeñas banquetas bajo las rosas, y allí jugaban estupendamente.

Claro que durante el invierno se acababa la diversión. Las ventanas se cubrían por completo de hielo, pero calentaban una moneda de cobre en la estufa, ponían la moneda caliente en el vidrio helado y se formaba una graciosa ventanita, muy redonda, muy redonda; detrás asomaba un ojo lleno de gracia, uno en cada ventana; eran el niño y la niña. Él se llamaba Kay y ella Gerda. En verano podían con un salto reunirse, en invierno tenían que bajar muchos escalones y subir muchos escalones; fuera el viento arrastraba la nieve.

—¡Son las abejas blancas, que van de enjambre! —decía la vieja abuela.

—¿Tienen también una reina? —preguntó el niño, porque sabía que las abejas de verdad la tenían.

—¡Sí que la tienen! —dijo la abuela—. ¡Vuela donde el enjambre es más espeso!, es mayor que las demás y nunca se posa sobre la tierra, vuelve a volar hacia el cielo sombrío. Muchas noches de invierno vuela por las calles de la ciudad y mira por las ventanas y las cubre con un hielo precioso, como si fuera con flores.

—¡Sí, lo he visto! —dijeron los niños, y así sabían que era cierto.

—¿Puede venir aquí la Reina de las Nieves? —preguntó la niña.

—Que venga —dijo el niño—, y la pongo en la estufa encendida, para que se derrita.

Pero la abuela le alisó el pelo y contó otros cuentos.

Por la noche, cuando el pequeño Kay estaba en casa a medio vestir, se subió a la silla junto a la ventana y miró

por el agujerito; un par de copos de nieve cayeron fuera, y uno de ellos, el más grande, quedó sobre el borde de una de las jardineras; el copo creció y creció, hasta convertirse en una verdadera señora, vestida con el velo más delicado y más blanco, que parecía compuesto por millones de copos estrellados. Era sumamente hermosa y delicada, pero de centelleante hielo, aunque estaba viva; los ojos resplandecían como dos brillantes estrellas, pero no había sosiego ni reposo en ellos. Hacía gestos a la ventana con la cabeza y señalaba con la mano. Al niño le entró miedo y se bajó de la silla; era como si hubiera pasado un pájaro gigantesco por delante de la ventana.

Al día siguiente cayó una helada; y vino el deshielo, y la primavera, brillaba el sol, comenzaron a asomar las hojas, las golondrinas construyeron sus nidos, se abrieron las ventanas y los pequeños se sentaron de nuevo en su jardincillo allá arriba en el canalón, sobre todos los tejados.

Las rosas florecieron espléndidamente aquel verano; la niña se había aprendido un salmo que hablaba de rosas y por eso pensó en las suyas; se lo cantó al niño, y lo cantaron juntos:

*¡Las rosas florecen en el valle,
allí encontraremos al Niño Jesús!*

Y los pequeños se cogían de la mano, besaban las rosas y miraban al dulce sol del Señor y hablaban como si el Niño Jesús estuviese allí. Qué agradables eran los días del verano, qué delicia estar al aire libre junto a los fragantes rosales que parecían no cansarse nunca de dar flores.